



Reflexiones en torno a *Psychoanalysis and Narrative. Literature, Film and Autobiography* (Routledge, 2024)*

Reflections on “Psychoanalysis and Narrative: Literature, Film, and Autobiography” (Routledge, 2024)

Jorgelina Corbatta**

* Procedencia del artículo: Este texto existe gracias a la cordial invitación del director de la *Revista Poligramas*, Álvaro Bautista-Cabrera.

** Doctora en Literaturas Hispánicas
Wayne State University
Michigan, Estados Unidos
j.corbatta@wayne.edu

Recibido: 15 de octubre de 2024
Aprobado: 10 de diciembre de 2024

Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en
MLA? - *How to quote this article in
MLA?*:

Corbatta, Jorgelina. “Reflexiones en torno a *Psychoanalysis and Narrative. Literature, Film and Autobiography* (Routledge, 2024)”. *Poligramas*, 60 (2025): e.40114861. Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año). <https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i60.14861>

Este texto existe gracias a la cordial invitación del director de la *Revista Poligramas*, Álvaro Bautista-Cabrera. Aceptarla y empezar su escritura me enfrenta con un fenómeno totalmente nuevo para mí: escribir en castellano acerca de un texto propio escrito en inglés. Una aclaración preliminar: mis seis libros anteriores no requirieron de mi parte ninguna acción posterior a su escritura, y a la consiguiente corrección de las pruebas de imprenta. Yo vivía entonces en los Estados Unidos, una de las editoriales estaba en España y la otra (con la que publiqué los libros restantes) estaba en Argentina, de modo que, esos libros, una vez en el mundo, cobraron vida propia en reseñas, citas bibliográficas y objeto de otras actividades académicas. ¿Por qué, entonces, siento ahora la necesidad de presentar este último libro? ¿Diría más, de dónde viene esa urgencia maternal de proteger esta nueva criatura? La respuesta no es fácil y trae consigo nuevas preguntas que han de constituir no sólo la estructura de este texto sino también la referencia indirecta a temas incluidos en mi libro.

I. ¿Por qué leer? ¿Por qué escribir? Leer fue siempre mi pasión. Leer libros, especialmente narrativa, era mi forma de escapar a otra realidad, más rica y atrayente que la de mi vida diaria. Argumentos intrincados, personajes complejos, lugares y épocas distantes me transportaban a un mundo diferente y misterioso. Asimismo, a través de la lectura me era posible proyectarme en diferentes personajes,



ahondar en su psicología e interacción social, ejercitar una forma de juicio ético acerca de conductas y costumbres, nutrir mi curiosidad en diferentes culturas, momentos históricos y conflictos humanos. También, en algún momento pensé que podría ser una escritora de ficción. Habiéndome enamorado, desde temprana edad, de las novelas policiales, empecé entonces a imaginar historias que necesitaban ser descifradas, organizadas y traducidas en términos cotidianos con la intención de darles sentido y entenderlas. Más aún, leer novelas policiales (e imaginar escribirlas) es un claro antecedente de mi interés por el psicoanálisis y los misterios de la mente humana cuya resolución consiste en organizar datos volviendo al pasado para reordenar ese rompecabezas que constituye cada vida humana. De ese modo, la narrativa y el psicoanálisis se volvieron las dos pasiones de mi vida (y no por azar el título de este libro).

2. ¿Qué significa escribir en un lenguaje otro que el de la lengua madre? Esta pregunta es complicada y no tengo una respuesta acabada. Por supuesto puedo mencionar ejemplos casi icónicos como el de Samuel Beckett, irlandés escribiendo en francés, Nabokov pasando del ruso al inglés, Julia Kristeva —famosa lingüista, analista, ficcionista y biógrafa galardonada en su lengua de adopción, el francés—. Por mi parte, por mucho tiempo pensé que no me interesaba ni sería capaz de escribir en otra lengua que el castellano. Pero el hecho es que actualmente, y desde bastante tiempo atrás, mi vida transcurre en inglés. Jubilada como profesora universitaria desde 2017, casada con un norteamericano que no sabe castellano, con hijos que, aunque bilingües, no practican la lengua nativa, y con nietos que ni siquiera la saben, leo los diarios y veo las noticias y películas en inglés. Mi vida, repito, transcurre ahora casi totalmente en inglés. Hay también que añadir otro ingrediente fundamental, el aprendizaje de mi segunda carrera, el psicoanálisis, tuvo lugar en inglés. Y, por supuesto, la larga terapia (la *talking cure* como la definiera Freud) fue en inglés, así como las clases sobre psicoanálisis que todavía enseñé, mis presentaciones en congresos, mis artículos, mi vida social. Recuerdo ahora una de las pocas ocasiones en que estuve en un congreso de psicoanálisis en Latinoamérica. Fue en Cartagena, organizado por la FEPAL y todavía recuerdo mi sorpresa al escuchar la terminología, los giros, la jerga —en fin, de la profesión en otra lengua que la inglesa—. Choque un poco inexplicable porque no me sucedió lo mismo con Lacan, Kristeva, Derrida leídos directamente en francés. Otro aspecto importante, tiene que ver con la audiencia lo que me lleva a otras dos preguntas ¿para quién se escribe y qué esperamos de nuestros posibles lectores? Antes, mi audiencia estaba constituida por mis estudiantes graduados (la mayoría hablantes nativos), mis colegas y lectores latinoamericanos y latinoamericanistas, pero... ¿cuál es ahora mi audiencia? ¿Para quién y por qué sigo ahora escribiendo? Una respuesta, por mera

asociación de ideas, sería la que daba Gabo “Escribo para que me quieran”. Pareciera desmesurada como todo lo suyo, pero, si pensamos que la comunicación es fundamental para que alguien nos quiera, si escribimos o hablamos una lengua que nadie entiende, no hay comunicación ni afecto posible. Recuerdo que una de las experiencias más atesoradas tuvo lugar en Medellín cuando colaboraba con artículos para el suplemento dominical del diario *El Mundo*. La inmediata respuesta, la resonancia de mis escritos, era una forma de amor en un medio que no era el mío y donde mis colegas resentían lo ítalo-argentino de mi acento para no hablar de mi incapacidad de adoptar los modismos ‘paisas’ (que mis dos hijos manejaban a la perfección). Porque, aunque hablara teóricamente la misma lengua que los colombianos, siempre se me reconocía en el acento que llevaba a: ‘¿usted es argentina o uruguaya?’ En otra ocasión, en una charla sobre el exilio y ya viviendo en los Estados Unidos, mencioné que en mis primeras clases en la universidad de Antioquia los estudiantes, hospitalarios sin saberlo, me hacían lo que yo llamaría ‘preguntas puentes entre culturas diferentes’. Las dos preguntas clásicas eran: ¿usted es pariente del futbolista Orestes Corbatta? Famoso en Colombia, pero completamente desconocido para mí. La otra era: ¿usted baila muy bien el tango? Yo todavía desconocía la importancia del tango y el mito Gardel en Medellín (título de una extensa investigación que llevé a cabo tiempo después y que lamentablemente todavía sigue inédita) y mi ingenua respuesta, “Bueno, yo puedo seguir si mi compañero me lleva bien porque el que dirige los pasos es el hombre con la mano en la cintura de la mujer”.

3. Otra pregunta vinculada con *Psychoanalysis and Narrative. Literature, Film and Autobiography* es, ¿cuál es el significado de la transición entre escritura académica (crítica literaria y filmica) y autobiografía? Un poco de historia es necesaria acá. Yo nací en Bahía Blanca, una ciudad pequeña de la provincia de Buenos Aires, a 100 kilómetros del océano Atlántico, donde pasaba mis veranos en la playa. Como casi todos los de mi generación yo asistí a una escuela primaria y secundaria que era pública y gratuita. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, también gratuita, yo quería estudiar psicología o arquitectura, carreras ambas que no existían en la recientemente creada Universidad Nacional del Sur, en mi ciudad natal. Era tan impensable en esos años considerar la posibilidad de mudarme a Buenos Aires o La Plata, los dos centros universitarios más importantes (junto a la Universidad de Córdoba) para estudiar, que mi aspiración no fue nunca formulada ante mis padres. De modo que elegí, *by default*, hacer la carrera de Filosofía y Letras, elección acertada ya que tuve excelentes profesores (que viajaban de Buenos Aires o La Plata) en un programa que incluía literatura europea y norteamericana (no tanto literatura latinoamericana o argentina), filosofía, lingüística, historia

del arte, cultura clásica, tres latines y dos griegos. Fue entonces que comenzó lo que sería mi escritura para el resto de mi vida, práctica que se intensificó cuando me convertí en profesora universitaria. Esto es: la escritura académica o, más propiamente, la crítica literaria. Escritura necesaria para obtener la permanencia (*tenure*), para escalar posiciones en el escalafón, para incrementar mi salario. O sea: el famoso *publish or perish* de la academia norteamericana donde había entrado a formar parte desde mi vuelta a los Estados Unidos en 1987. Fue así como publiqué seis libros en castellano y más de 100 artículos aparecidos en revistas *peer-review* (la gran mayoría también en castellano). Durante todos esos años estaba clara en mi mente la distinción entre escritura académica (mayormente crítica literaria) y escritura creativa. Aunque secretamente admiraba la libertad creativa, sólo practicaba la crítica literaria. ¿Dónde había ido a parar la imaginada escritura de novelas policiales? Había desaparecido bajo el peso de tanto conocimiento. Leer demasiado mata la creatividad, sostuvo Manuel Puig en su visita al taller literario de Manuel Mejía en Medellín en 1979. Todo lo contrario de lo que afirmaba Borges, desde otro ángulo que poco tenía que ver con la presencia del inconsciente en Puig... En todo caso, yo tenía la idea de que era imposible escribir algo valioso después de Borges, Virginia Woolf, Proust, Joyce, y tantos otros grandes, y esa convicción operaba como mortífera autocensura. Hubo, sin embargo, rupturas en esa férrea prohibición. Me refiero a momentos de intensa emotividad en los que escribir una especie de diario era posible y tal vez saludable, aunque, una vez recuperada cierta calma, esa apertura autobiográfica se veía cancelada y sus productos iban a parar al fondo de armarios, a cajones de escritorio que no se abrían, a lugares oscuros como el inconsciente que fugazmente había salido a la superficie.

Los que me han leído, o escuchado mis charlas, reconocen sin esfuerzo la cita de Ricardo Piglia, “La crítica literaria es la forma moderna de la autobiografía. Uno escribe su vida cuando cree escribir sus lecturas” que he mencionado a menudo. En una ocasión, como profesora en Wayne State University, propuse dictar un curso de investigación en literatura. Tomé como material de análisis mis propios libros y fue entonces que me di cuenta cuán acertada era la cita de Piglia. La primera versión de mi libro sobre Puig (publicada en España) fue en gran parte el resultado de una nueva visión de los roles tradicionales de mujer sumisa y hombre seguro y dominante, sobre todo dentro del matrimonio. Mi segundo libro, sobre la narrativa de la Guerra Sucia en Argentina, buscó entender por qué salimos del país y nos radicamos en Colombia, comenzando así mi itinerancia por el mundo. El tercero, sobre feminismo y escritura femenina en Latinoamérica respondió a la necesidad de seguir explorando el tema de los roles (ya estudiado desde la perspectiva gay de Puig), con acento en movimientos feministas y cambios sociales, temas en plena eclosión durante mi estadía en Medellín como profesora de la

Universidad de Antioquia —verdadero frente revolucionario—. Los libros que siguieron, sobre Juan José Saer, una reedición ampliada de Puig, y sobre Borges reiteran el *leitmotiv* del exilio, la interrelación entre lectura/escritura y autobiografía. Entendí entonces que yo había estado escribiendo mi autobiografía, enmascarada en la protección de la crítica. En mi último libro, *Psychoanalysis and Narrative*, hay una sección, “Mis escritores y yo. Mi autobiografía a través de mis lecturas” que podría evocar, en cierta forma, *Los libros en mi vida* de Henry Miller, *El último lector* de Piglia o algunos textos de Sylvia Molloy. Esta sección incluye “Manuel Puig y yo”, “Cortázar y yo”, “Borges y yo” y “Luisa Valenzuela y yo” —a quienes conocí personalmente (con excepción de Cortázar), entrevisté y que, en el caso de Puig y Valenzuela, se convirtieron en verdaderos amigos—. Como testimonio de mi dualidad escritural, la primera sección del libro incluye cuatro ensayos, donde combino crítica literaria y psicoanálisis, destinados a esos cuatro escritores. En la tercera sección del libro, entendiendo narrativa tanto en el sentido literario como fílmico, analizo bajo una perspectiva psicoanalítica, “XXY” de Lucía Puenzo y “*La niña santa*” de Lucrecia Martel, ambas directoras argentinas a quienes tuvo ocasión de conocer personalmente en forma fugaz.

4. Las siguientes preguntas, vinculadas con la cuarta y última sección del libro, son: ¿cuál es la función del psicoanálisis, experimentado como paciente y como analista, en la propia escritura? Y ¿por qué muchos de nosotros, con el paso del tiempo y la cercanía de la muerte, tendemos a la escritura autobiográfica? En mi caso, y como dije al principio, las dos pasiones de mi vida han sido la lectura/escritura y el psicoanálisis. Como me gusta explicar, para los argentinos de mi generación “el psicoanálisis lo tomamos en el agua”, forma parte de una cultura, y de una época—entendido tanto como teoría y como práctica—. Pasión que se remonta a la adolescencia y juventud con toda su carga del cine de Bergman, Fellini y Antonioni, la Nouvelle Vague, la Mafalda de Quino y las letras de tango junto a toda la literatura contemporánea ya que, como dice Puig, “la novela moderna empieza con Freud”. Mi segunda carrera fue la de psicoanalista académica, académica significa que, en el estado de Michigan donde vivo, no puedo ver pacientes si no tengo licencia, y no puedo tener licencia sin un grado en salud mental —a diferencia de otros países y algunos Estados en este país—. Esa segunda carrera la hice en inglés, al igual que mi psicoanálisis personal. Yaciendo en el diván, cuatro días a la semana y por muchos años enseñan a hablar de uno mismo, a bucear en el ignoto inconsciente, a descifrar los propios sueños (otra forma de crítica literaria) y a no desechar o desconocer la parte oscura de nuestro propio yo. Por otra parte, y como dije al principio respecto del género policial, ayuda/obliga a reconstruir el rompecabezas de la propia vida, con la vuelta al pasado, la inevitable repetición, los miedos y fantasías que son la textura de la propia

identidad, nunca más vulnerable que en un extranjero. Porque, como dice Julia Kristeva en *Etranger`a nous meme*, nadie más huérfano, más desvalido que un extranjero desposeído de su propia lengua, la propia historia compartida, su identidad. De allí surge también y, sobre todo, el impulso autobiográfico, porque al narrar nuestra vida recuperamos nuestra identidad. Creo que todo lo anterior contribuyó a mi interés por la literatura autobiográfica (mis cursos sobre exilio y autobiografía han sido los más exitosos), y por su lectura en clave autobiográfica. Lo que se cristalizó con el conocimiento de la obra de Serge Doubrovsky —escritor francés creador de la auto ficción, profesor universitario, ensayista y amante del psicoanálisis— quien sostiene que la autoficción es la narración autobiográfica en presencia del otro, siendo ese otro el analista ante quien se desarrolla, teje y desteje la propia vida, a la que se suma la interpretación del analista. En su caso, Doubrovsky es el escritor paciente, Akeret es su analista —como tal aparecen en su novela *Fils* (hilo/hijo). Volviendo a mi libro, la cuarta y última sección comprende dos capítulos, uno se titula “Algunas ideas acerca de la verdad y el psicoanálisis en la sesión analítica: Serge Doubrovsky (escritor) y su analista Robert Akeret” donde analizo los textos que surgen de esa aventura compartida y las diferentes nociones de verdad que los enfrentan. El último capítulo de esta última sección del libro, “Qué significa ser una extranjera: El día en que aprendí que era *una mujer de Color*” constituye, como es fácil adivinar, el texto más autobiográfico de todo el libro. Escrito al calor de los movimientos anti-racistas junto a la amenaza del COVID y la imagen de George Floyd (que dio la vuelta al mundo), un ciudadano negro de los Estados Unidos, tirado en el piso, bajo la presión de un policía mientras dice “I can’t breathe” (no puedo respirar) sirvieron de catalizadores para que pudiera escribir mi experiencia de exilio, tras la huida de Argentina por el gobierno militar, primero a Colombia y después a los Estados Unidos donde vivo desde 1987. El ciclo, que empezó con mi estudio sobre la narrativa de la Guerra Sucia en Argentina y el comienzo de mi exilio, se cierra ahí en el reconocimiento de mi otredad impulsada por otros, los negros norteamericanos y agregaría ahora, intensificada por la masacre de los palestinos en manos de los judíos, pero... como se decía en una película francesa cuyo nombre no recuerdo “esa es otra historia”.

Me doy cuenta, al releer lo escrito, que la motivación de este texto reside en el deseo de incitar a la lectura de mi libro, provocar el comentario, empezar el diálogo. Ojalá se produzca porque, a pesar de la lengua otra, como creo que decía Susana Rinaldi, siempre está “mi corazón mirando al sur”.